

y cumplido hasta aquí la espinosa misión de conservar el orden en Zaragoza en las difícilísimas circunstancias en que se encuentra.

Si V. M. se digna proteger sus esfuerzos aprobando las medidas que acaban de tomar y accediendo á sus respetuosas solicitudes, creen poder conservar á V. M. esta capital y provincia en el mismo estado; mas si por desgracia no sucediese así, los exponentes, señora, deben á V. M. la verdad y van á decirse; no se juzgan con fuerzas para evitar ni menos hacer frente á las funestas consecuencias que pueden sobrevenir.

Por tanto:

A V. M. rendidamente suplican se digne aprobar las medidas que han dictado, con respecto á supresión de conventos y separación de empleados, y convocar cuanto antes las Cortes, accediendo á las peticiones que las mismas tienen hechas sobre libertad de imprenta y otras garantías. Así lo esperan de la notoria justificación de V. M. Zaragoza 11 de agosto de 1835.—Felipe Montes.—Alvaro Gomez Becerra.—Pedro de Ayuso.—Joaquín Ortiz de Velasco.—Angel Polo y Monje.—Manuel María Melgares.—Isidro Pargada y Estren.—Pedro Jordan.—Nicolás Navarro Landete.—Juan Romeo.—Miguel Laborda.—Miguel Zabaleta.—Victoriano Lapetra.—Miguel Alejo Burriel.—Manuel Marqués.—Bernardo Segura.—José Veriz.—Anselmo Baquedano, vocal secretario.

CAPITULO II

Mendigorría

Generalato interino del general Córdova.—Su brillante campaña.—El brigadier don Narciso Lopez.—Paralelismo entre el ejército, el ministerio Toreno y la opinión pública.

Son demasiado conocidos los importantes hechos que componen la vida militar y política de don Luis Fernandez de Córdova para que sea necesario trazar una extensa biografía del general, cuyo nombre se vió suficientemente ilustrado, á la vez que por su mando interino, por el definitivo del ejército del Norte, mando al que no tardó en hacerse en breve plenamente acreedor.

Las Memorias de este general publicadas en París en 1837 y los partes dados en la *Gaceta* desde junio de 1835 á agosto de 1836, han familiarizado al público con los pormenores de la carrera de aquel distinguido español.

Bastará, pues, consignar, como antecedentes de su persona, algunos rasgos característicos de su accidentada y jamás oscura existencia. A la temprana edad de ventidos años era Córdova oficial destinado al ejército expedicionario que en 1819 se organizaba en Cádiz con destino á sujetar las sublevadas colonias de América. Ocurrido el levantamiento de la parte de aquel ejército que proclamó la Constitución de 1812, hizo Córdova un señalado servicio á Fernando VII, impidiendo en el fuerte llamado de la Cortadura (que divide Cádiz de San Fernando) la entrada en la plaza de los sublevados, dueños de la última de las dos ciudades. Las Memorias á que acaba de ser hecha referencia han dado á conocer ámpliamente la parte que Córdova tomó en la sublevación de los batallones de la Guardia Real, que en 7 de julio de 1822 se propusieron derribar el régimen constitucional y restablecer al Rey en el expedito uso de su poder absoluto.

Emigrado á Francia de resultas del triunfo que en aquella época obtuvo la causa popular, entró Córdova en España con el ejército invasor francés, y restituido Fernando en el ansiado goce de sus tradicionales prerogativas, Córdova, juntamente con el baron de Eroles, Quesada, O'Donnell y demás generales que habian hecho armas contra el régimen caído, gozó gran favor en la corte, sin que, sin embargo, la lisonjera privanza lo llevase á militar en las filas de los realistas exagerados. Antes al contrario, ocupó Córdova lugar distinguido entre los cortesanos templados que opusieron un dique al desbordamiento reaccionario, y mas tarde, al significarse el dualismo entre los partidarios de don Carlos y los defensores de doña Isabel II, se pronunció decididamente á favor de esta y quemó sus naves contra el infante don Carlos en calidad de ministro de España en Portugal, antecedentes

que naturalmente señalaban á dicho general honorífico lugar entre los militares que desenvainaron sus espadas en favor de un sistema mas liberal que el seguido por el difunto monarca.

Sobre la conducta militar de Córdova, desde el principio de la guerra, nada es necesario añadir, pues dice lo bastante el concreto pero fiel relato que de su conducta y operaciones queda hecho en las precedentes páginas.

Anteriormente y al tratar de las gestiones practicadas por los gabinetes de Martínez de la Rosa y de Toreno, en solicitud de la intervención extranjera, hemos hablado de la llegada de Córdova á Madrid, portador de instrucciones de Valdés, para que conforme á la opinion de los generales que operaban en el Norte, persistiese el gobierno en sus instancias de intervención extranjera.

Permaneció Córdova en Madrid durante el curso de las negociaciones, y como aquel período fué calamitoso para nuestras armas, y agobiado Valdés por sus reveses y por sus vacilaciones en acudir en socorro de Bilbao, instaba para su relevo, pensó el gobierno en Sarsfield para reemplazarlo; mas dudoso de la aceptación de este, é influido por el favor que la opinion pública dispensaba á Córdova, fué este llamado al Consejo de ministros, en el que tratándose de la delicada cuestion del mando del ejército y de la urgente necesidad de acudir en auxilio de Bilbao, ofrecióse Córdova á salvar la amenazada plaza ó dejarse sepultar ante sus muros si se le confería interinamente un mando que no aceptaría en el concepto de definitivo.

Nombrado en el primero de dichos conceptos, partió conforme lo habia ofrecido, y llegó en posta á Bibriesca, punto todavía bastante distante de los que ocupaba el ejército, pero despreciando el peligro de atravesar un país ocupado por el enemigo, no vaciló en ponerse casi solo en marcha, arrojó recompensado por la buena suerte de haber penetrado sin tropiezo en Bilbao el 2 de julio. Al siguiente día tomó posesion del difícil mando que inauguró dictando una levantada orden del día, en la que estimulaba los nobles sentimientos que siempre encuentran eco en el soldado español, mayormente si le son dirigidos por un jefe que haya probado saber pelear y vencer, alocucion en la que no quiso el general desentenderse de hablar tambien á la opinion pública, anunciando en ella con mas sagacidad que exactitud, que veinticinco mil auxiliares extranjeros habian comenzado á desembarcar en nuestras costas, á los que en caso necesario seguirian cien mil hombres mas, alusion mañosamente hecha á la intervencion negada por la Francia, pero cuya ilusion duró todo el tiempo que se mantuvo en pié un vestigio de esperanza de que no sucumbiria el sistema político representado por el régimen del Estatuto.

Mas la habilidad con que Córdova procuraba mantener la expectativa de la intervencion, no le impidió hacer un levantado llamamiento al sentimiento liberal, pues terminaba su proclama diciendo al ejército: «Este es el momento de la crisis en el que todo el que abrigue un corazon noble y libre debe unir á los míos sus esfuerzos. Isabel y libertad sea nuestra divisa, muerte ó libertad, el término de nuestras fatigas, la recompensa de nuestras proezas.»

La referencia á auxilios extranjeros hecha por el general, respondia como hemos dicho á que por aquellos dias desembarcaban en San Sebastian los primeros contingentes de la legion reclutada en Inglaterra, merced en su mayor parte á los esfuerzos de Mendizabal; hecho que coincidía con el de haber decretado el gobierno francés la venida á España, en clase igualmente de auxiliar al servicio de nuestro gobierno, de la legion extranjera que componia parte del ejército de Argel.

Despues de haberse detenido dos dias en Bilbao empleados en proveer á la reparacion de sus defensas y á poner al ejército en condiciones de marcha, resolvió Córdova sacarlo de la rinconada en que habia tenido que meterse para acudir en socorro de la plaza y aproximarle á donde con mayor ventaja pudiese emprender operaciones contra el enemigo. La marcha hasta Vitoria presentó dificultades que supo superar la pericia del general. Secundado por don Santiago Mendez Vigo y por O'Donnell rechazó á los carlistas que le disputaron el paso de

la Peña de Orduña, y del mismo modo ahuyentó á Carlos Andechaga que habia intentado molestar la retaguardia. Vencidos aquellos y otros obstáculos que encontró Córdova en su marcha, logró conducir con toda seguridad el ejército á Miranda de Ebro cuyo punto ocupaba el 7 de julio.

Como antes se ha dicho, Gonzalez Moreno habia quedado investido del mando superior del ejército de don Carlos, y naturalmente, deseoso de justificar su elevacion y de contrarestar las murmuraciones y el disgusto que su nombramiento habia suscitado en su propio campo, determinó poner sitio á Puente la Reina en desquite de no haber logrado impedir la triunfante marcha del ejército liberal desde Bilbao á las orillas del Ebro.

El 13 de julio circunvaló Eraso á la mencionada poblacion, que defendió valientemente el bizarro brigadier Saint-Just, futura víctima en Málaga del pronunciamiento que un año despues debia efectuarse contra el gabinete Isturiz. Instruido Córdova del peligro que amenazaba la plaza sitiada, marchó rápidamente por Peñacerrada y Logroño, pernociendo el 14 en Larraga.

Eraso que habia levantado el sitio á la aproximacion de Córdova, replegóse sobre el grueso de su ejército á cuyo frente adelantándose Moreno pasó el 14 el rio Arga, tomando posición en las alturas que dominan á Mendigorría.

Por primera vez presentaba el ejército de don Carlos todas sus fuerzas concentradas para correr con ellas la suerte de una batalla decisiva, puesto que los repetidos y señaladísimos triunfos del gran Zumalacárregui, principalmente consistieron en sorpresas, en movimientos de flanco ó de retaguardia, resultados de su perfecto conocimiento del terreno y de que sabia sacar partido de la movilidad y disciplina de sus soldados. Mas el veterano general Gonzalez Moreno, pues lo menudado del carácter moral del ex-gobernador de Málaga no debe impedir reconocer en él un soldado de la guerra de la Independencia y de las sostenidas en América contra los insurgentes, habia formado el levantado propósito de esperar á pié firme al ejército de la Reina, lisonjeándose de batirlo y sobre sus dispersos restos franquear el Ebro, marchar resueltamente á Madrid y colocar á don Carlos en su suspirado trono.

A este efecto situó Moreno su cuartel general en el pueblo de Mendigorría y formó sus batallones en masa apoyando su derecha en el cerro de la Corona que lame el curso del rio Arga; su izquierda en las alturas que ciñen el camino de Puente la Reina, y su centro en la poblacion, haciendo preceder aquel anfiteatro de masas bien compactas, por una extensa línea de guerrillas.

Presentándose el enemigo en tales condiciones era opcional en el general de la Reina, esperar el ataque ó tomar la iniciativa él mismo. El genio y el carácter de Córdova lo impulsaban á esto último, pero conociendo la grave responsabilidad en que incurria, quiso consultar á Oraá, Lopez y Gurrea que mandaban sus divisiones, no hallándose á la sazón presente Espartero, que ocupaba á Larraga, consulta de la que sacó el general en jefe la lisonjera confianza de que el ejército, poco antes abatido de resultas de los descalabros que habia experimentado y de la inaccion en que se le habia tenido, ardia en deseos de probar el buen espíritu que lo animaba y su esperanza de humillar al enemigo; pero todavía alentó mas á Córdova en su propósito de no rehusar el combate á que el enemigo le provocaba, la muy importante circunstancia de que los carlistas aceptaban la lucha teniendo un rio á la espalda, lo que en caso de no pronunciarse por ellos la victoria habia de dificultar la retirada, pues solo existia un puente que facilitase el paso del Arga.

Semejante falta estratégica imputable á Moreno, no escapó á la experiencia de este, pero creíase seguro del éxito y quiso mostrar confianza en sus soldados é imponer al enemigo, considerándose suficientemente fuerte para rechazar su acometida. Atribúyesele que en conversacion con un amigo suyo, decia Moreno pocos dias antes del en que aceptó la batalla que estaba destinado á perder: «Mi enemigo es Córdova, pero no me importa, porque es general improvisado y si no tiene ahora mayor fortuna que tuvo el 7 de julio en Madrid, ¡pobre causa de los negros! está perdida.... Por eso tengo deseo de

una batalla que asegure nuestro triunfo, y si los que por envidia me hacen la guerra no destruyen mis proyectos, yo enseñaré á Córdova que es tan torpe militar como diplomático.»

Al amanecer del 16 de julio la brigada de vanguardia, mandada por Gurrea, rompió el fuego contra las guerrillas carlistas. Con regocijo vió Córdova que estos lo esperaban y tomó sus disposiciones previniendo á Espartero que cubriese el camino de Larraga, viniendo á formar la izquierda de la línea de combate para mejor facilitar los movimientos de la artillería, y distribuido que hubo convenientemente la brigada de Gurrea á la derecha, la de don Santiago Mendez Vigo al centro y la del hermano de este don Froilan sirviendo de custodia á los bagajes del ejército, al hospital de Sangre y á los caballos de los oficiales de infantería, situó Córdova la caballería á retaguardia entre los caminos de Larraga y Artajona en disposicion de poder tomar parte en la batalla, cubriendo la retirada de nuestras tropas ó persiguiendo las del enemigo segun lo requiriese la suerte de la jornada, pues jamás general digno de este nombre, por seguro que se crea de vencer, deja de proveer dos cosas; asegurar su propia retirada, y sacar todo el partido posible de la del enemigo.

Estas operaciones ocuparon una buena parte del día, pues hasta las doce del mismo no avanzaron al encuentro del enemigo las columnas del ejército de la Reina.

Los carlistas, acostumbrados á pelear y á vencer, recibieron á sus contrarios con firmeza y serenidad, pero pronto se apercibieron que no tenian delante los mismos soldados que desmoralizados pocos dias antes por falta de confianza en sus jefes la tenian ahora animados como se hallaban por la perspectiva de la victoria. Con su acostumbrado empuje, Espartero atacó y se apoderó del cerro de la Corona, desde cuya cumbre hicieron resonar sus soldados estridentes vivas á Isabel II.

Al mismo tiempo y con análogo resultado era atacada la izquierda del enemigo por el coronel Gurrea y desde las dobles eminencias que marcaban la izquierda y la derecha del campo de batalla, resonaban los mismos entusiastas gritos, á cuyo eco bajaban vencidos los soldados de don Carlos.

Mayor todavía fué la resistencia opuesta á Córdova por el centro de la línea enemiga, y para superarla tuvo que emplear mayores esfuerzos, incurriendo por consiguiente en mayores pérdidas, pero el resultado compensó el sacrificio. Los defensores de la disputada posición arrojados de ella, fueron á confundirse con los dispersos de ambos flancos de su línea.

Pronunciados en apresurada retirada, sin otro punto de salida que el puente de Arga, situado á la derecha de la poblacion, el ejército carlista se vió tan sumamente comprometido y su causa tan en peligro de haber hallado en aquel dia su Zama, su Farsalia ó su Waterloo, si Moreno, no menos presuroso, no se hubiese adelantado á poner en salvo á don Carlos que con beatitud esperaba en el pueblo la nueva de una victoria que no debia alcanzar. Hizole precipitadamente Moreno salvar el puente libertándolo del inminente peligro que corrió de caer prisionero.

Mas, interin la infantería de la Reina, vencedora en todo el frente de la línea, se hacia dueña de las posiciones de que habia desalojado el enemigo, el brigadier don Narciso Lopez que mandaba la caballería y á quien envió Córdova repetidas órdenes para que cargase á los fugitivos, dejando de cumplir con su deber, malogró el decisivo fruto de tan gloriosa jornada. No tenian los carlistas otro paso franco sino el del puente, valerosamente guardado por Villarreal, pero por el que no pudiendo pasar sino poco á poco en razon á su estrechez los batallones y escuadrones vencidos, hace presumir cuál habria sido su suerte, la circunstancia de haber sido considerable el número de carlistas que hallaron su sepultura en el rio al tratar de franquearlo.

En vista de tales hechos no podia ser dudoso que si Lopez con su caballería hubiese avanzado sobre el enemigo, entre Larraga y el puente hubiera quedado prisionera la mayor parte del ejército carlista á despecho de la constancia de Villarreal en mantener el paso del puente.

Ocupado Mendigorria por las tropas de la Reina, solo faltó para completar la gloriosa jornada, que la inacción de la caballería de Lopez no hubiese arrebatado á las armas liberales, en los decisivos momentos de forzar el paso del puente, el mayor de los triunfos que las armas de la Reina hubiesen alcanzado en la tremenda lid en que iba librada la suerte de la nacion.

Presentóse á tomar la posesion del puente tan bizarramente defendido por Villarreal el entusiasta y afortunado Espartero, en ocasion en que aquel tenia que abandonarlo por haber completamente agotado sus municiones.

Franqueado el paso del puente, precipitóse por él Espartero, y aunque seguido por un solo batallon, persiguió á los fugitivos hasta dar vista á Cirauqui, desde cuyas alturas y las de Mañeru, quiso Moreno hacer nuevamente frente á los vencedores, mas vióse definitivamente arrollado y dispersa su huerte, que en aquella memorable jornada hemos visto tan expuesta á haber caido en masa prisionera.

La batalla de Mendigorria costó á los carlistas dos mil bajas entre muertos, heridos y prisioneros y la mitad de este número al ejército de la Reina, cuya victoria tuvo que ser comprada á costa de abundante sangre.

Profundamente conmovido el general Córdova de un resultado que tan grandemente justificaba su elevacion al mando en jefe del ejército, dirigió una sentida alocucion en la que felicítala á sus compañeros y á la patria por un resultado que restablecía el lustre de las armas y el antiguo crédito del ejército español.

En el parte dado por el general al gobierno hace cumplidos elogios del mérito contraído en la célebre jornada por el baron de Meer y los generales Tello, Bermuy, Rivero, Mendez Vigo, Montenegro, Buerens y Oraá. Conforme hubiera sido á la severa justicia que el interés patrio reclamaba, haber siquiera censurado duramente la inexplicable conducta del brigadier don Narciso Lopez, caracterizando su comportamiento en términos bastante explícitos para haber cuando menos removido del servicio activo el autor de una falta tan trascendental como la que acababa de cometer el comandante general de la caballería.

Sin duda Córdova, á quien pesaba su ultra-realismo de otra época, y que no perdonaba medio para ganar la opinion de los liberales, temió disgustar á estos, denunciando la conducta de Lopez á la sazón favorito mimado del partido progresista. Aquella indulgencia del general en jefe fué fatal á la patria y al mismo brigadier Lopez, pues de haber sido estigmatizada la conducta de este jefe en la jornada de Mendigorria, no habria conservado posicion para obtener el mando que posteriormente hizo perder á la causa de la Reina en Jadraque los 1,000 granaderos de la guardia por él mandados y que en masa fueron copados por los carlistas. Y tal vez tambien, si la justicia militar se hubiese inexorablemente cumplido en aquel hombre, de la manera que los piemonteses lo aplicaron al general Ramorino despues de Novara, hubiera Lopez evitado la ignominia de morir en la Habana por mano del verdugo (1).

(1) En disculpa, ó por mejor decir, en justificacion de la conducta del brigadier Lopez, aparece en el 6.º y último tomo de la *Historia de la guerra civil* del Sr. Piralá una nota en la que, bajo el epígrafe de *Rectificacion*, se dice lo siguiente:

«Lopez no estaba al frente de la caballería en los momentos en que el enemigo huía y debía esta haber caido encima para destrozarlo. Habíale dicho un ayudante de Córdova que le llamaba este general; corrió obediente salvando á galope la distancia de cerca de dos leguas que mediaba entre ambos, y al verle el general en jefe y preguntado por la caballería, fué contestado que habia quedado en su puesto.—Pues á ella y no á V. necesito, repuso airado Córdova, comprendiendo el error cometido, lo mal interpretada que habia sido su orden, sin culpa seguramente de nadie, pero en gran beneficio de los carlistas que libraron de mayor desastre, á haberles cargado la caballería, deseosa de caer sobre los enemigos.»

A la antedicha rectificacion, honrosa sin duda para la benevolencia del Sr. Piralá, cúmplenos en descargo del deber de imparcialidad y de justicia, impuesto al historiador, mantener el juicio arriba consignado sobre la conducta del señor brigadier Lopez en Mendigorria, fundados, dicho nuestro, primero en haber repetidas veces oido de los mismos labios

Grande y merecido fué el aplauso, el aliento y la confianza que á los defensores de la causa liberal en toda la nacion infundió la batalla de Mendigorria, y su importancia fué de incalculable precio para el gabinete Toreno, objeto de la animadversion en las provincias y contra el que se hallaba pronunciada la mitad de España. Al torrente de odios y de vituperaciones de que era objeto, no pudo oponer en aquellos dias el ministerio otra defensa que la del prestigio todavía vivo de que aun gozaba la Reina Gobernadora, como guardadora del trono de su hija, símbolo entonces de la causa de la libertad. Fortificaba este apoyo, á que se asía el gobierno, la actitud del ejército del Norte, que siendo á la vez el escudo y la barrera que defendía á la nacion é impedía el triunfo de don Carlos, prestaba fuerza al gobierno en el mero hecho de recibir de él, al mismo tiempo que instrucciones y órdenes, los recursos de que necesitaba para hacer frente al enemigo comun.

Fuera de estos dos elementos, no podia el ministerio contar con otra fuerza valedera que la que le daba la presencia en Madrid de una buena parte de la guardia real y de la guarnicion, que por decoro y por disciplina acataban la autoridad del gobierno. Pero el movimiento insurreccional de las provincias se habia generalizado tanto y amenazaba extenderse tan rápidamente á las que aun no se habian pronunciado, que muy de presumir era que acabaria por comunicarse á la capital produciendo en la residencia del gobierno una crisis que de seguir el mismo derrotero que llevaba el movimiento insurreccional, acabaria por dar un decisivo triunfo á los que en Cataluña, en Aragon, en Valencia y en Andalucía habian mas ó menos directamente proclamado el restablecimiento de la Constitucion de 1812.

Producido por tales medios y llevado á semejante extremo, corría la causa de la Reina y de la libertad un doble peligro, el de enajenar de ella á los realistas templados que se habian declarado en favor de la sucesion directa y de sustituir á un régimen de reformas y de progreso ordenado y conveniente, un régimen puramente revolucionario, cuyas consecuencias eran mas de temer en una nacion cuya educacion política se hallaba en la infancia, educacion de cuya madurez esencialmente depende que los pueblos sean aptos para el goce de la libertad.

La conciencia de este peligro trabajaba el ánimo de los liberales mas sinceros, mas sensatos y á quienes preocupaba la idea de conciliar el principio de autoridad, con el franco y leal desarrollo de las libertades públicas. De comunicarse á las provincias que no se hallaban aun pronunciadas, el movimiento triunfante de las que negaban obediencia al gobierno central, era inminente la subversion completa del régimen legal tan estrechamente amenazado, y de esta doble tendencia del espíritu liberal conservador y del impulso revolucionario, nacia la zozobra de acontecimientos, que los hombres prudentes veían con temor y los exagerados con engreimiento.

del ilustre general D. Luis Fernandez de Córdova que la inacción de Lopez fué *enteramente voluntaria*, aserto que excluye el hecho de la orden mal entendida; y en segundo lugar, en que aunque en efecto un ayudante del general en jefe hubiese transmitido al jefe de la caballería la orden de que su superior deseaba verlo, Lopez debió comprender lo inverosímil de ser llamado hallándose á la distancia que se dice estaba del general en jefe, y todavía suponiendo que dió crédito á la supuesta orden, era de su deber haber enviado á su segundo en el mando ó haberle dejado la orden de cargar al enemigo, en el momento en que viese se dirigía al puente del Arga, que era el único camino por donde, si eran batidos, podían los carlistas retirarse.

El jefe de una caballería situada como lo estaba en aquel dia la que mandaba Lopez, no se separa de la cabeza de sus soldados sino para llenar el objeto á que le tenia destinado. Se comprende que en la jornada de Balaklava, cuando la guerra de Crimea, recibiese lord Winchelsea la absurda é inverosímil orden de cargar de frente y á descubierto la línea de baterías rusas de las que llovía metralla, y que aquel valiente juzgase ser un deber de honor precipitarse sobre los cañones rusos, dejando tendida en el campo mas de la mitad de su gente. Pero ningun verdadero soldado habria dado la disculpa que dió Lopez á una pretendida orden del general en jefe, que en los momentos del peligro le vió alejado del campo de batalla.

CAPITULO III

Insurreccion del 15 de agosto en Madrid

Tal cual acaba de ser expuesto era el estado de los ánimos en la capital en los dias que precedieron al pronunciamiento de la milicia urbana de Madrid contra el ministerio Toreno.

Sobre aquel suceso que tanto influjo debía ejercer en los que de la misma índole le siguieron, han corrido sin rectificacion hasta el dia, versiones históricas evidentemente erradas y que importa no adquieran para la posteridad el carácter de hechos auténticos.

Don Fermin Caballero en su opúsculo titulado *El Gobierno y las Cortes del Estatuto* y el señor don Antonio Piralá en su *Historia de la Guerra civil*, atribuyen á un hombre público que aun vive, una participacion en la insurreccion del 15 de agosto, que no es la que realmente tuvo. Tratándose de un sujeto cuya consecuencia de principios y buena fe política nadie podrá poner en duda, pues ofrecen de ella testimonio una larga vida de abnegacion y de servicios públicos, que todos los partidos han tenido la justicia de reconocer, el testimonio de este hombre no podrá ser recusado en los hechos que á su persona se refieren, y en este sentido nos hemos creído en el deber de interrogar su memoria, dando á conocer su propia version sobre el misterio, aun por aclarar, de la parte que en el movimiento del 15 de agosto tuvo el general don Genaro Quesada, sin cuya cooperacion aquel movimiento no hubiera podido intentarse, y cuya actitud despues de iniciado, le dió un desenlace contrario al que el citado general se propuso apoyar.

Don Andrés Borrego, que es el hombre á quien Caballero y el Sr. Piralá dan por autor de la exposicion de la milicia urbana á la Reina Gobernadora, documento que debe ser considerado como el verdadero exponente del objeto y aspiraciones de aquel movimiento, veía casi diariamente al marqués del Moncayo, en casa del comun amigo de ambos el conde del Montijo. Emigrado político de 1823 y vuelto á España despues del fallecimiento de Fernando VII, ha sustentado Borrego durante toda su vida las opiniones mas avanzadas del régimen monárquico constitucional y abogado constantemente en favor de todas las reformas prácticamente adaptables á las costumbres y al genio de los españoles, mejoras que siempre sostuvo debían plantearse por otro método que el de los procedimientos revolucionarios. Entraba por consiguiente en sus convicciones el temor de que el imperio de las circunstancias hiciese estallar en Madrid un pronunciamiento análogo al que se estaba efectuando en las provincias y cuyo inevitable resultado no podia ser otro que el de la disgregacion de los elementos liberales y el advenimiento de un período constituyente preñado de peligros para la causa de la Reina.

Aunque sin la menor participacion de Borrego en los trabajos de conspiracion dirigidos contra el ministerio, sus antecedentes como liberal y como emigrado de 1823 lo ponían en natural contacto con los hombres del movimiento, los que sin recelo le comunicaban los planes que se tramaban para derribar violentamente al gobierno. El íntimo trato que Borrego tenia con el general Quesada le dió á conocer las fuertes antipatías que este abrigaba contra el presidente del Consejo y el ministro de la Guerra, marqués de las Amarillas, y el vehemente deseo del general de derribar á ambos, al mismo tiempo que la repugnancia con que Quesada miraba la Constitucion de 1812, antipatía que perfectamente conciliaba con el mas franco y decidido espíritu liberal. De sus diarias conferencias con el marqués del Moncayo dedujo Borrego el convencimiento de que se hallaría este dispuesto á secundar el movimiento en Madrid, con tal que no tomase un carácter abiertamente subversivo y que se limitase á provocar un cambio de sistema y de ministerio. Adquirido que hubo este convencimiento obtuvo Borrego la autorizacion del general para entenderse con los hombres que podían ejercer decisivo influjo sobre la milicia urbana, á efecto de que esta redujese sus manifestaciones al punto concreto de medidas vigorosas en el sentido de las operaciones de la guerra y de condiciones políticas aceptables á la mayoría del partido liberal. Conferenció Borrego en su consecuencia con don Salustiano Olózaga, con don José Esté-

ban de Izaga y con don José Sanz, comandante el último de uno de los batallones de la milicia urbana, y habiéndoles manifestado las disposiciones en que el general se hallaba, entraron estos perfectamente en ellas, ofrecieron comunicárselas á sus amigos y obtener su conformidad, para que reunida que fuese la milicia urbana se limitase á suscribir una representacion á la Reina, expositiva de las necesidades de la situacion, despues de cuyo acto, los batallones se separarian sin que de sus filas partiese un solo grito subversivo. En garantía de que la milicia no hallaría oposicion ni obstáculo por parte de la guarnicion y principalmente de la Guardia Real que componía su mayor fuerza, se comprometía el general Quesada á que los batallones de esta última arma no hostilizarían á los urbanos. Ratificado que fué este concierto, del que fué Borrego mediador, y á fin de que para todos hubiese seguridad de la buena fe con que se procedía, citó el general Quesada á su casa calle del Pez, número 22, cuarto principal, al conde de Cleonart y al general Soria, jefes superiores de la Guardia Real, á quienes comunicó sus deseos y el compromiso que habia contraído de que la guardia no hostilizaría á la milicia siempre que esta observara lo convenido. Los dos citados jefes oyeron con deferencia la manifestacion de su superior y de su amigo, y delante de Borrego manifestaron su perfecta conformidad con las instrucciones que acababan de recibir, dando la perfecta seguridad de que la guardia permanecería pasiva mientras la milicia no pasase los límites que acababan de fijarse.

Despues de esta conferencia solo faltaba formular los precisos términos de la exposicion que habia de ser dirigida á la Reina, único objeto que debía tener la reunion de la milicia. Exigió Quesada que se le llevase el borrador y redactado este de mancomun por Olózaga y por Borrego y visto por Sanz y sus compañeros los comandantes de la milicia, fué sometido al general Quesada para que le diese su final sancion. Obtenida esta inmediatamente en los términos mas explícitos y comunicado que fué por Borrego el resultado á Olózaga, Izaga y Sanz, no intervino el primero en los pasos que pudieran mediar entre los jefes de la milicia y demás sujetos con quienes Olózaga y sus amigos contaran para secundar la idea de una manifestacion de la índole de la concertada, y solamente tuvo Borrego conocimiento de lo que importaba saber, reducido á que los tres distinguidos sujetos que se habian entendido con el general Quesada, respondían á este de que el movimiento quedaria reducido á lo pactado.

Verosímil es sin embargo que los que aspiraban á mas que un cambio de sistema y que es probable tuviesen candidatos para el gobierno, se aprovecharan del conocimiento del compromiso contraído por los jefes de la milicia y que hubiesen formado un plan de operaciones peculiar y adaptado á sus designios, plan que debía grandemente diferenciarlo del convenido entre el general Quesada y los hombres que tenían representacion bastante para ser mirados como autorizados exponentes de los deseos de la milicia y de las condiciones de la situacion que se trataba de plantear.

De aquí debió nacer sin duda la circunstancia mencionada por el señor Piralá en su *Historia*, segun la cual los sujetos que dirigían el movimiento ultra-liberal conferenciaron con Aviraneta, á la sazón preso en la cárcel, obteniendo de aquel gran maestro en conspiraciones el lacónico plan que refiere el citado autor, debió haberse seguido por los levantados; y es esta deducción tanto mas probable, cuanto que existe coincidencia entre el pensamiento atribuido á Aviraneta, que para mayor claridad se inserta bajo el número I, y el mensaje traído por Olózaga respecto al dia y á la manera de reunir la milicia, á efecto de realizar la convenida manifestacion. Hízose en su consecuencia saber al general Quesada, á fin de que prevenido este comunicase sus instrucciones á los jefes de la guardia, que el siguiente lunes al retirarse el piquete de urbanos destinado á cubrir el servicio en la plaza de toros, vendría á su cabeza el comandante Sanz, por cuya orden las bandas de tambores recorriendo las calles de la poblacion darian la señal para la reunion de los batallones.

No puede caber duda de que los que habian consultado á Aviraneta, algo sabrían respecto á que la milicia contaba con la connivencia de la guardia y su error era grande si creían